

# La gran crisis financiera. Tres años después

John Bellamy Foster y Fred Magdoff

La gran crisis financiera se inició en el verano de 2007 y, tres años más tarde, a pesar de una supuesta «recuperación», continúa teniendo profundos efectos en los Estados Unidos, Europa y gran parte del mundo. A los trabajadores de muchos países se les están imponiendo medidas de austeridad. La situación es especialmente difícil en Grecia, país al que las exigencias de los banqueros, incluido el Fondo Monetario Internacional, están obligando a exprimir a sus trabajadores a cambio de préstamos del extranjero para ayudarlo a saldar la deuda pública. El paro oficial aún ronda el 10% en los Estados Unidos, y el paro real es mucho más elevado. Un 44% de los parados oficiales lleva más de seis meses sin trabajo, lo que representa una cifra sin precedentes. Una cantidad récord de gente recibe ayuda alimentaria del gobierno, así como alimentos y otros productos básicos de organizaciones caritativas. Muchos estados y ciudades estadounidenses, enfrentados a un cuantioso déficit presupuestario a causa de la caída de la recaudación impositiva, están recortando empleos y reduciendo la financiación que destinan a las escuelas y los programas sociales.

Gran parte de la atención que se ha prestado a determinar las causas de la crisis se ha centrado en el papel que han tenido las hipotecas *subprime* en los Estados Unidos, concedidas a personas de renta baja con escasas posibilidades de poder pagar la hipoteca de su vivienda. Muchos de esos préstamos *subprime* se concedieron en condiciones leoninas, especialmente desfavorables para los confiados tomadores. La creación de paquetes de tales préstamos para venderlos a instituciones de todo el mundo solo sirvió para que un considerable riesgo se extendiera por todas partes.

Y, sin embargo, a pesar de la inestabilidad generada por tales préstamos y por toda la hueste de exóticos instrumentos financieros a ellos asociados, la propia gravedad de la gran crisis financiera sugiere que esta no ha sido consecuencia básicamente de dichas prácticas especulativas. Más bien, ha sido principalmente el resultado de factores estructurales de largo recorrido, tal y como se refleja en el descenso de las tasas de crecimiento

- 
- Artículo publicado en *MR*, vol. 62, nº 5. Traducción de Joan Quesada. John Bellamy Foster (jfoster@monthlyreview.org) es editor de *Monthly Review* y profesor de sociología en la Universidad de Oregon. Fred Magdoff (fmagdoff@uvm.edu) es profesor emérito de ciencias de las plantas y del suelo en la Universidad de Vermont y profesor adjunto de ciencias de las cosechas y el suelo en la Universidad de Cornell. Lleva muchos años dedicados a escribir sobre economía política. El presente artículo es el prefacio a la edición bengalí de su libro *The Great Financial Crisis* [La gran crisis financiera] (Monthly Review Press, 2009).

económico y en el incremento en el largo plazo de la fragilidad y la inestabilidad financieras.

Las tasas de crecimiento económico de los países ricos del centro del sistema capitalista mundial hace décadas que se han ralentizado. En los Estados Unidos, el aumento medio del PIB, corregido según la inflación, descendió del 4,4% de la década de 1960 al 3,3% de la de 1970, al 3,1% de las de 1980 y 1990, y hasta el 1,9% de la década de 2000 (entre 2000 y 2009). En respuesta a esa situación de estancamiento económico cada vez más severo de la «economía real», el capital excedente ha fluido hacia el sector financiero en busca de ganancias rápidas, lo que ha dado lugar a la creación de una enorme superestructura financiera sobre una base económica cada vez más débil. El recurso a las finanzas especulativas como estrategia para generar riqueza generó enormes beneficios artificiales (y ganancias de capital), al parecer, a partir de la nada, sin verdadera relación con la economía de bienes.

En esa situación, cada vez se hicieron necesarias mayores inyecciones de deuda —familiar, empresarial y pública— para producir un nivel dado de crecimiento. Al mismo tiempo, toda esa burbuja de deuda, que fue cobrando progresivamente el carácter de un esquema Ponzi, requería constantes inyecciones de efectivo tan solo para conjurar su inevitable estallido. La consecuencia fue, literalmente, un enorme inflamiento de la deuda, que llegó a alcanzar un astronómico 350% del PIB estadounidense para el año 2007.

Las burbujas financieras son síntoma, invariablemente, de problemas subyacentes más profundos. Centrarse únicamente en los préstamos *subprime* o, incluso, en la burbuja inmobiliaria como causa real de la crisis —tal y como han hecho la mayoría de los comentaristas económicos ortodoxos— es, por lo tanto, confundir el síntoma con la enfermedad. Si no hubiera sido por la burbuja inmobiliaria estadounidense, habría habido otra burbuja que, probablemente, habría conducido esencialmente a las mismas consecuencias. Desde la década de 1970, la economía ha asistido cada vez con mayor frecuencia a «reducciones del crédito», y los bancos centrales siempre se han apresurado, a la primera señal del problema, a sacar de apuros a las instituciones financieras fallidas. Sin embargo, eso solo ha contribuido al incremento de la fragilidad financiera, mientras que el problema subyacente de estancamiento ha quedado sin tratar.

Tres años después del inicio de la gran crisis financiera, la situación se ha vuelto tan grave que Paul Krugman, ganador del Premio Nobel de economía del Banco de Suecia, ha declarado que ya estamos (o estamos entrando) en una Tercera Depresión, es decir, un tercer periodo de estancamiento económico. Esta Tercera Depresión, sugiere, se parece tanto al estancamiento que dio comienzo en Europa y los Estados Unidos en la década de 1870, y que él denomina la Larga Depresión, como al estancamiento de la década de 1930, o Gran Depresión. En palabras de Krugman: «Me temo que ahora estamos en los primeros estadios de una tercera depresión. Probablemente se parezca más a la Larga Depresión que a la mucho más grave Gran Depresión. Sin embargo, el coste —para la economía mundial y, sobre todo, para los millones de vidas assoladas por la falta de empleos— será en todo caso inmenso». Krugman sostiene que «esta tercera depresión será primordialmente la consecuencia de un fracaso de las políticas», de la continuación, aun después de un severo declive, de las políticas neoliberales de austeridad destinadas a suprimir los déficit públicos, en lugar de adoptar una potente política keynesiana de estímulos para salir de la crisis.<sup>1</sup>

Es cierto que las erróneas políticas económicas neoliberales de lucha contra el déficit durante una depresión resultarán aún más perjudiciales para las perspectivas económicas.

Sin embargo, los estímulos keynesianos tampoco ofrecen una verdadera solución. El problema real, sostenemos nosotros, no son las políticas económicas, sino el propio desarrollo capitalista. Nuestra tesis, expresada de la forma más breve posible, es que las economías capitalistas avanzadas están atrapadas en una tendencia al estancamiento que es resultado de los procesos duales de maduración industrial y acumulación monopolista. La financiarización (el traslado del centro de gravedad de la economía capitalista de la producción a las finanzas) hay que entenderla como un mecanismo compensatorio que ha contribuido a levantar el sistema económico en tales circunstancias, pero a costa de incrementar su fragilidad. Así pues, el capitalismo está atrapado en lo que nosotros denominamos una «trampa de estancamiento-financiarización».

Todo ello tiene que ver con la estructura de clases del capital monopólico-financiero, que ha generado niveles de desigualdad sin precedentes en el mundo capitalista avanzado. El grupo del llamado «Forbes 400», los 400 estadounidenses más ricos, posee ahora tanta riqueza como la mitad inferior de la población, formada por unos 150 millones de personas. Algunos analistas de Citigroup han sostenido hace poco que los Estados Unidos y otras economías ricas están tan decantadas hacia las élites desde el punto de vista de la riqueza y la distribución de rentas que el mejor término para describirlas es el de «plutonomías», donde pequeñas fracciones de clase controlan proporciones cada vez mayores de la riqueza social.<sup>2</sup>

Está claro que las economías emergentes, sobre todo China y la India, aún no están aquejadas de las enfermedades de madurez industrial y monopolización en el mismo sentido en que lo están los estados capitalistas avanzados y, por lo tanto, están relativamente libres de los males crónicos que han dañado a los países del centro del sistema. No obstante, los países emergentes distan mucho de ser inmunes a los problemas que se han generado. De hecho, existen numerosas razones para pensar que, como consecuencia del debilitamiento del núcleo del sistema, también ellos sentirán en múltiples formas su impacto en la economía globalizada actual. Vale la pena señalar que a la Larga Depresión siguió una gran oleada de expansión imperialista que llevó hasta la Primera Guerra Mundial, mientras que la Gran Depresión condujo al conflicto interimperialista de la Segunda Guerra Mundial. La Tercera Depresión actual apunta ya ominosamente al recrudecimiento del conflicto imperial, centrado sobre todo en el golfo Pérsico, lo que podría provocar efectos potencialmente devastadores para el conjunto de la humanidad.

Por si no bastara con todo esto, el mundo se enfrenta ahora a un peligro más grave si cabe: una crisis ecológica planetaria que se acelera con rapidez y que amenaza, si no se efectúan cambios radicales en las próximas una o dos décadas, con acabar por colapsar la mayoría de los ecosistemas mundiales, junto con la propia civilización humana.

Solo existe una solución posible a esta crisis planetaria que todo lo abarca, y esta es la eutanasia del capitalismo, su sustitución por una nueva economía enfocada hacia el desarrollo humano sostenible, la plenitud ecológica y el cultivo de una genuina comunidad humana. Cuanto antes empecemos a construir ese sistema cualitativamente nuevo con nuestra lucha de masas, mejores serán las perspectivas a largo plazo de la humanidad y de la Tierra.

Eugene, Oregón  
Burlington, Vermont  
30 de junio de 2010

## Notas

1. Paul Krugman, «The Third Depression», *New York Times*, 28 de junio de 2010.
2. Matthew Miller y Duncan Greenberg (eds.), «The Richest People in America» (2009), *Forbes*, <http://forbes.com>; Arthur B. Kennickell, «Ponds and Streams: Wealth and Income in the U.S., 1989 to 2007», Federal Reserve Board Working Paper 2009-13, 2009, pp. 55, 63; Ajay Kapur, Niall Macleod y Narendra Singh, «Plutonomy: Buying Luxury, Explaining Global Imbalances», Citigroup Research, 16 de octubre de 2005, y «Revisiting Plutonomy: The Rich Get Richer», Citigroup Research, 5 de marzo de 2006.